

EDICIONES SELECTAS  
**AMERICA**

CUADERNOS  
QUINCENALES

DE LETRAS  
Y CIENCIAS

ARMANDO DONOSO



# Un hombre libre

RAFAEL BARRETT

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
RECONQUISTA 375  
Buenos Aires  
1920

Dircc. y Adm.  
Reconquista 375

EDICIONES SELEKTAS  
**AMERICA**

U. Telef. 827  
(Rivadavia)

## Cuadernos Quincenales de Letras y Ciencias

(APARECEN EL 5 Y EL 20 DE CADA MES)

DIRECTOR  
SAMUEL GLUSBERG

### Año I --- Tomo I

<i>Amado Nervo</i> .....	<b>Florilegio III Edición</b>
<i>José Ingenieros</i> .....	<b>La moral de Ulises II Ed.</b>
<i>Almafuerte</i> .....	<b>Espigas II Edición</b>
<i>Julio Herrera y Reissig</i>	<b>Opalos II Edición</b>
<i>Martín Gil</i> .....	<b>Cielo y Tierra</b>
<i>Ernesto Mario Barreda</i>	<b>Canciones para los niños</b>
<i>Eduardo Talero</i> .....	<b>Amado Nervo</b>
<i>Alberto Gerchunoff</i> ....	<b>Cuentos de ayer</b>
<i>Leopoldo Lagones</i> .....	<b>Rubén Darío</b>
<i>Florentino Ameghino</i> ..	<b>Los cuatro infinitos</b>
<i>Rafael Alberto Arrieta</i>	<b>Selección lírica</b>
<i>Vicente A. Salaverri</i> ..	<b>La visión optimista</b>

### Año II --- Tomo II

<i>Fernández Moreno</i> ....	<b>Versos de Negrita</b>
<i>Joaquín V. González</i> ..	<b>Música y Danzas Nativas</b>
<i>Rubén Darío</i> .....	<b>Poemas</b>
<i>Arturo Capdevila</i> .....	<b>La pena monstruosa</b>
<i>José Enrique Rodó</i> ....	<b>Joyeles</b>
<i>Arturo Cancela</i> .....	<b>Cacambo</b>
<i>Armando Donoso</i> .....	<b>Un hombre libre.</b>

## "Buenos Aires"

Cooperativa Editorial Limitada

Últimas publicaciones:

### Máximo Gorki

por ALEJANDRO CASTIÑEIRAS

### Un huerto de manzanas

por ALBERTO NIN FRÍAS

### La senda clara

por ARMANDO DONOSO

En este libro, prologado por don Leopoldo Lugones, ha reunido el eminente y joven crítico chileno sus últimos estudios de literatura y filosofía.

### Modos de ver

por MARTIN GIL

Es esta la obra más interesante que ha publicado el conocidísimo y admirado escritor y hombre de ciencia.

### El Salvaje

por HORACIO QUIROGA

Nuevos cuentos del escritor que es reconocido por todos como el más grande maestro del género en nuestra América.

De venta en nuestra administración y en las principales librerías de la Argentina, Uruguay y Chile,

a \$ 2.50

## Colecciones completas

de

## "AMÉRICA"

En nuestra administración quedan algunas colecciones del primer tomo que vendemos encuadernadas al precio de \$ 5 m<sub>11</sub> cada una. A los suscriptores o a las personas que se suscriban desde ahora, acordamos el 15 % de descuento.

Número atrasado c/u.

0.40 m<sub>11</sub>.

## EL CONVIVIO

Publicado por J. GARCIA MONGE  
San José de Costa Rica

Se trata de presentar en *El Convivio*, escrituras cortas y completas—consideradas como egregias en su género—de los buenos escritores de todas las naciones y épocas; en cuadernos portátiles y recomendables también por el esmero de la impresión.

Apareció:

## EVANGELINA

Cuento de Acadia

por Henry W. Longfellow

Traducido por Rafael M. Merohán.

Edición ilustrada en venta en nuestra administración.

Precio \$ 1.25



EDICIONES SELECTAS  
**AMERICA**

ARMANDO DONOSO

# Un hombre libre

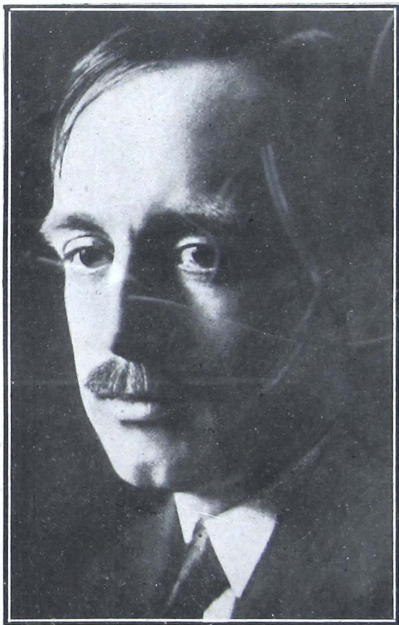
RAFAEL BARRETT

DIRECTOR  
SAMUEL GLUSBERG  
BUENOS AIRES  
1920

*Armando Donoso es, no obstante su juventud, uno de los más eminentes críticos literarios de América y el más prestigioso y autorizado de Chile.*

*Leopoldo Lugones, a quien no se puede acusar de expansivo en sus juicios, ha emitido sobre "La senda clara", el último libro publicado por Armando Donoso en Buenos Aires, el siguiente, que nos complacemos en reproducir a continuación :*

*"Manifiesta en efecto este libro una madurez sobria y ligera como la del vino firme, que no parece obra de mozo americano, y que revela además del talento, la reposada instrucción, comprobatoria del carácter ; o sea de la cualidad más escasa en nuestra literatura. La libertad de las ideas, con ser muy grande, no se arrebatada desmelenada al azar de la inspiración; lo cual indica un raciocinio claro y agudo a la vez, como la flecha apolínea que lo simboliza concertando en la seguridad de su tiro el acierto de la puntería con el envión del arco audaz."*



A. Donoso

No te pese demasiado tu soledad, hermano, que ya vendrá rengueando la hora de la justicia.—*Nietzsche*.

¿UN hombre libre? Tal vez sea este el que buscamos, porque tuvo la entereza de su sinceridad en la hora que le tocó vivir; porque no fué el esclavo del más estéril egoísmo, ni un individualista encastillado en la incorruptible soledad de su aislamiento, sordo a las necesidades de su época, ageno a los clamores de la explotación organizada, ausente de todo contacto enaltecedor.

En medio del hervor vital y de las fatales determinaciones cotidianas ¿cabe pensar en la posibilidad de una voluntad libre, en una acción independiente de los comunes prejuicios inveterados? Porque nuestro acomodaticio concepto de libertad no es más que una simple razón misoneista, que nos permite justificar lo presente por lo pasado y cuando más intentar una suave penetración de las normas futuras. Para el hombre de ayer como para el de hoy la idea de libertad no se ha podido concebir sin que contrariase consagraciones seculares y principios fundamentales. Un filósofo representativo, un moralista insospechable como Kant, no aceptó la noción de libertad absoluta sino como una amoralidad trascen-

dental, ya que para él la única manera de ser libre consiste en observar la ley moral, que se subordina al principio determinado por la voluntad, al hecho de la razón, *Factum der Vernunft*, soberano bien, virtud perfecta fundada en la inmortalidad del alma y en la existencia de Dios.

El concepto de libertad para el hombre independiente está determinado a la relativa libre acción de sus actos, afirmación que, para el kantiano puro, resulta inconcebible pues contraría su moralismo teológico, que subordina la libertad a un rígido imperativo, a una ley categórica orientadora de su conducta. Se es libre para fundar en la máxima aspiración moral el más alto fin ideal. Mientras el destino humano se debate en la eterna lucha que libran el ángel y el demonio, el hombre nuevo, el hombre renovado, busca un camino, abre una senda, que más tarde seguirán otros tras él y que, posiblemente, en la hora anticipada, llegue a ser la derrota que recorra toda la humanidad. ¿Acaso no podrá conciliarse algún día la eterna antimonía del bien y el mal, que ha regido la dirección de los destinos humanos, con un principio trascendental de bondad y de justicia? Si la realidad inmediata es desconsoladora, toda aspiración ideal puede ser un acicate de progreso, y el hombre que ha vivido tiranizado por la esclavitud de lo acomodaticio, necesita la resurrección de cada mañana que decía el poeta; el viaje a las islas imaginarias del doctor Fausto.

Como cuantos penaron por abatir la esclavitud de los que han hambre y sed de justicia, buscando la verdad no con el temor de hallarla sino con el deseo de po-



seerla para divulgarla, Rafael Barrett encontró en ella su calvario y su camino de perfección. La disciplina de la miseria y del dolor tornóle duro e invulnerable: esa eterna inquietud insatisfecha; la cotidiana presencia de la explotación del hombre por el hombre; el estremecimiento del corazón lacerado ante la queja reprimida y el grito solitario; el contacto y la confianza de todos los pobres, de todos los parias, de todos los tristes, fueron para su carácter un impulso y una fuerza, que le exaltaron hasta la altura del apostolado.

He aquí, pues, el caso insólito de un hombre que ha hecho sentir la cabal conciencia de la dignidad humana; que nada temió perder porque nada tuvo mal habido, ni aguardó nada de un calculado porvenir. Lector, escucha, aunque no sea para que la repitas, la historia moral de este hombre libre, sobre cuya memoria pesa un silencio preñado de cobardías.

I

## NUEVO ANARKOS

**D**í tu palabra, y rómpete, clamaba Federico Nietzsche en la hora undécima de su vida, después de cabalgar a lomos de todos los símbolos hacia todas las verdades. ¡De esta guisa, también, el malogrado y sincero Rafael Barrett alcanzó a decir su palabra a tiempo para romperse demasiado pronto!

¡Qué vida fué la suya y que espíritu y corazón mejor

puestos! Bohemio incorregible, que sobre llevó resignado la dignidad de su franciscana pobreza; muriéndose un poco cada día, en medio de todos, con las alas a la rastra como el albatrés baudeleriano; devorado por la tuberculosis; consumido por la melancolía, torcedor que no respeta los músculos más recios ni los buenos humores más templados; símbolo eterno de aquel hombre del cerebro de oro que pinta Daudet, que fué pródigo con su única riqueza hasta darse cuenta que con la última parcela de su oro entregaba también la postrera gota de su sangre. Barrett fué de aquellos que se prodigan íntegros demasiado pronto; que apuran la luz de su lámpara consumiendo precipitadamente su aceite. ¡Cuántos como él se han ido en hora prematura llevándose el secreto de cercanos florecimientos, que ni siquiera alcanzamos a presentir!

Los que buscan el engaste antes que el agua pura de la gena, tienen razón para no leer a este escritor, que nunca hizo olvidar al hombre como quería Pascal; que sacrificó siempre su amor propio en beneficio de todos: ¿no dijo en alguno de sus artículos que no importaba la boca que gritase las verdades porque la cuestión consistía solamente en que la verdad fuese dicha? Quiso ser él uno de esos pocos que tienen la altiva conciencia de ella para erigirse en su vocero. Muchos se taparon, se tapiaron los oídos para no oírle; pero, a pesar de los más, logró hacerse escuchar, y ahora, corridos más de dos lustros después de su muerte, sigue ganando batallas como el Cid. Mientras tantos con cerrar los ojos se mueren definitivamente, este hombre resucita cada día

un poco y llegará una hora, acaso muy cercana, en que se encuentre como Lázaro, redivivo del todo. Porque memorias como la suya son recuerdos edificantes para esta América inficionada de literatura, tuberculosa de fáciles contagios, exhausta de imitación y de refinamientos postizos, sin nacionalidad ni arraigo en su casta ni en su tierra.

Rafael Barrett, que como americano adoptivo supo ser más de este suelo que muchos; que no cultivó el arte como tantos desarraigados, ajenos a las inquietudes de su pueblo y de su raza, vivió la vida de América intensamente, y supo hacerla sentir a propios y extraños. ¿Qué pueden argüir, después de leídas sus *Moralidades*, los que aún se empeñan en ignorar el problema social de estos países? Recordemos solamente su impresión de Buenos Aires, ese trágico amanecer en que observó al pobre atorrante escarbando la asquerosa lata de la basura, para arrancar de entre los desperdicios una carnaza ya ensalivada por las fauces de un perro acaso ahito. ¡También América!, exclamó entonces Barrett. Sí, también América, pobre, ilusionado y apóstólico Rafael Barrett! ¡También América oculta sus vergüenzas, disfraza sus dolores y conoce las hambres que estrangulan; también América tiene razón para sentir el odio de abajo a arriba, Rafael Barrett! ¡También en los campos y en los bosques y en las montañas de América, como en las estepas rusas y en las llanuras de Hungría, los hombres llevan la justicia en las bocas de sus rifles, mientras humillan y explotan al indio embrutecido o al labriego inerme!

Este hombre tuvo la elocuencia del dolor: sufrió la vida y en ese sufrimiento encontró ánimo para su palabra desnuda. ¡Cómo resonó el cristal de este vaso, a pesar de su terrible trizadura por la cual se le derramaba hora a hora la energía, cual la sangre de una vena! Hombre verdad, hombre sinceridad, prodigó su existencia consumiéndose como la candileja que se dá toda en la llama alumbradora. Cuántas veces sus páginas fueron escritas entre dos vigiliás, exprimiendo las postreras reservas de su salud en las blancas carillas, que para su talento tuvieron siempre el valor de cheques sin caja donde hacerlos valer. Pero, en fuerza de vivir así, de manera siempre precaria y harto inactual, convirtiendo eternamente la sangre en espíritu, como pidió el solitario de Sils María, no hizo sino prepararse rápidamente para la muerte. Mientras sus músculos y sus pulmones debilitados exigían reposo, bienestar, leche fresca, aire puro, él les daba privaciones, angustias, dolor, dolor, dolor.

Era el más pobre de los pobres porque, a pesar de la riqueza de su talento, fueron escasos los que estuvieron cerca de él y, en cambio, muchos los indiferentes y los agresivos. Su tesoro no le permitió amasar una fortuna, que es el precio de la abundancia y de lo supérfluo, sino que llenar carillas con reflexiones hondas y dolorosas, de esas que provocan las muecas amargas y los suspiros profundos, y que los habituales Pantagruelles, Calibanes y Homais cotizan entre las divinas riquezas innecesarias.

Para Rafael Barret el problema de su pan cotidiano fué el problema de su revelación; la mayor parte de sus

*Moralidades* brotaron a medida de la diaria necesidad, casi siempre escritas al margen de la noticia periodística; generalmente sugerida por el suelto telegráfico o la información local. La hoja cotidiana fué para él lo que la helada biblioteca para otros, el mejor exultante y la Summa más eficaz para sus experiencias. El regalo de un millón de liras al Papa, un decreto de la emperatriz de la China que manda cerrar los fumaderos de opio, el linchamiento de un negro en los Estados Unidos, un robo, el atentado de un estudiante indio, la negación del indulto a Nakens, mueven su pluma a hilvanar justas reflexiones sobre un pueblo en estado de catalepsia; sobre las sugerencias que ejercen los tronos en cuanto quisieran ser bastardos de un príncipe o se enorgullecerían en prostituir sus esposas y sus hijas en los rincones de los palacios; sobre la bárbara práctica de Lynch, que renueva los impulsos primitivos de una raza; sobre el noble anciano español, que se negó a ser delator y verdugo, pagando en la cárcel su hombría y su probidad.

Nuevo Anarkos, la palabra en la pluma de Barrett llegó a convertirse en verbo de administración: clamó contra la esclavitud asalariada, porque él fué su primera víctima; no supo contemporar con los malos gobernantes, porque comprendió que eran los peores enemigos del pueblo, tantos siglos vilipendiado. Siempre encendido en bíblico anhelo de justicia, no supo jamás esconderse detrás de sí mismo, exaltando, en elocuente clamor, sus ideas, chispas rojas de su fragua siempre encendida. Como nunca se educó en el disimulo ni en la avaricia no supo callar, sufriendo por todos, entregándose sin restricciones, hasta

llegar a ser uno de aquellos locos que traen consigo la aurora, según su nietzscheano decir.

Cuando muchos acaso le creyeron olvidado para siempre, he aquí que comienza a apuntar un sol de gloria para su nombre. ¡Curioso sarcasmo: él, que murió anónimo; que rodó de país en país buscando la salud; que fué pobre de solemnidad; comienza ogaño a ser pasto del interés y de la atención de cuantos antes no quisieron leerle y hasta le despreciaron! Aunque un poco tarde felizmente ya se le comenta, ya se le juzga, ya le busca, ya se le elogia y hasta se le aplaude... acaso porque, habiéndose ido para siempre, no llegará a ser una sombra para nadie, pues desde hace algunos años solo es flor y vida en los árboles de Arcachon, donde duerme bajo la tierra.

## II

## EL HOMBRE

**E**L solo recuerdo de la vida de Rafael Barrett constituye su mejor elogio: escribió lo que vivía, hora tras hora, obedeciendo al ritmo de sus impresiones y al calor de sus ideas. Su existencia hace pensar en la tragedia cotidiana de un desesperado, que muchas veces cerró los puños delante de los ojos, encarando al destino, y otras pensó con ironía en la resignada imposibilidad de aguardar el advenimiento de la justicia entre los hombres. Rústico, violento, ásperamente primitivo, siempre dejó oír la voz destemplada de un hombre evangélico,

arrebatado por las exaltaciones de un nuevo Ezequiel. Tremante solía ser el eco de su voz y rojos los carbones encendidos de sus palabras.

Nacido en Algeciras, tierra solar, de su vida de niño y de su mocedad nadie tuvo jamás noticias porque él mismo supo olvidarlas a tiempo. Acaso su existencia infausta no conoció el dulce calor hogareño y las tibias caricias maternas, y si los llegó a tener debieron ser una desgracia viva.

Después de arrastrar muchos años de pobreza y de infortunio en Madrid, una tarde, en cierto indeterminado café, vióse envuelto en áspera reyerta con tal o cual señorón de estruendosas campanillas: Barrett habló de duelo y solo recibió la respuesta de una sonrisa irónica; pero, luego, supo hacerse justicia por su propia mano y el incidente estuvo a punto de convertirse en asesinato.

Entonces Barrett desapareció furtivamente de Madrid yendo a caer, a vueltas de inesperadas peripecias, en Montevideo, mientras le buscaban los corchetes de la guardia civil por las callejas apartadas y las zahurdas del Madrid de extramuros. Detrás de él habían quedado, entretanto, el mar y su tierra, y ante sus inquietudes se ofrecía América. Sus vigiliás, sus angustias, sus fríos sin techo ni abrigo, comenzaron a agravar una contenida afección pulmonar. ¡Qué no habían sido cortas sus errancias y sus privaciones, los días sin pan y las noches desoladas de su pobreza! En ese instante comienza la verdadera tragedia en su conciencia: su salud decae y, sin embargo, ha menester de enérgicas para trabajar. ¿Qué hacer? Está solo y no conoce ningún oficio. Se siente

un verdadero inadaptado. En cambio, ha leído los mejores libros, tira con destreza el florete, practica el *tennis*, monta como el más seguro de los jinetes, barrunta filosofías, pero es pobre de profesión, metafísicamente un indigente. El dilema es tiránico: ser o no ser. Es preciso vivir: llena una primera carilla con un artículo, una de sus *Moralidades actuales*, que «La Razón» acoge con un vago y benévolo interés. Transcurre un día y he aquí el milagro insospechado: a poco de leer ese artículo, Rodó acude a la imprenta en busca de aquel desconocido, que solo firma con dos iniciales: R. B. Pero nadie puede darle justas noticias de él. Acaso el día anterior todos le habían visto en la sala de la redacción y ninguno había reparado en su aire triste de joven prematuramente envejecido, en su palidez de Cristo zurbaranescos o de hidalgo del Greco.

Desde aquel instante Rafael Barret comienza a darse cuenta que su pobreza tiene una campana y sus rebeliones un campanario desde el cual echar a vuelo todas sus desesperaciones contenidas. Y fueron entonces diez-fueron veinte; fueron muchas las *Moralidades* que destilaron de su pluma amarga.

Nocherniego e inquieto, no hacía, entre tanto, sino consumir apresuradamente el aceite de su lámpara. Poco a poco se le iba la salud como la sangre de una herida. Un día, obedeciendo a la prescripción médica, partió con rumbo a la Asunción en busca de oxígeno para sus pulmones deshechos. Mascó también allí papel de imprenta; fué temerario y sufrió vejaciones; amó aturdidamente a una mujer; le nació un hijo; vivió once meses en la frontera



paraguaya escribiendo algunas de sus mejores páginas, mientras la tuberculosis agotaba sus postreras energías. Con la baliya apretada de originales regresó a la Asunción, para despedirse de su mujer y de su hijo y seguir viaje a Montevideo donde, el mismo día de su arribo, fué a golpear a la puerta de la calle Cerrito: los brazos y las palabras fraternales de José Enrique Rodó le acogieron cordialmente.—Me voy, quiero viajar, en busca de salud—le dijo Barrett—Necesito dinero en cambio de mis originales. Si, después, mis libros llegan a venderse ahí están mi mujer y mi hijo. Pienso que en París me puedan curar.

¡Pobre Barrett! Era la suya una esperanza remota, la comedia de la desesperación. Sin embargo, cuanto más segura se acercaba la hora inevitable más sentía él la necesidad de vivir. Mil, dos mil pesos, tal le bastaron. Traspuso el charco; llegó a París; se hizo examinar en una clínica y después de saber los días de vida que le restaban, se trasladó a Arcachon, antigua ciudad de pescadores de ostras, donde el clima es muelle, el aire húmedo y la vida un seguro suicidio para un tuberculoso. Como el Sebastián Melmoth, que antes de la cárcel de Reading se llamó Oscar Wilde, quiso ser olvidado para morir más pronto y más solo.

Una mañana, en su precario cuarto de alquiler, le encontraron rígido. ¡Pobre Rafael Barrett!

## III

## MORALIDAD ACTUAL

PERO aquella mañana no había muerto del todo pues quedaba redívivo en su obra; en sus prosas, que son tremantes desgarrones de una existencia amargamente sincera. En acto constante de puro desinterés se dió todo entero para ennoblecer la causa de cuantos se debaten aherrojados en la esclavitud que impone el capital: "Nuestra misión—ha dicho en alguna de sus *Moralidades*—es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuevas entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad". ¿Qué más pudo ofrecer Barrett que su inteligencia y su vida, no regateadas en un constante acto de sacrificio? Ni supo ni pudo ser estérilmente egoísta, y si fué siempre el más pobre porque no tuvo más que lo precariamente necesario era, sin embargo, rico porque habiéndolo dado todo siempre tuvo mucho para ofrecer. El dolor, la miseria y la queja inoída de los que han hambre y sed de justicia, le enternecían y exaltaban las mejores admoniciones de sus *Moralidades*. Cuando un periódico anuncia cierto día que un desconocido le ha regalado un millón de liras al Papa, Barrett escribe: "El incógnito donador sabe que la desesperación conduce a los campesinos rusos al cani-

balismo; que bajo los puentes de Londres, se encuentran cada mañana por docenas los cadáveres de los mendigos; que, igual que a fines del siglo XVIII, existen suelos desolados donde el labrador hambriento se echa de bruces, para morder las yerbas que los animales rehusan; que no faltan madres pordioseras que abrazan a sus hijos los ojos, con nitrato de plata, para enternecer al transeunte; que no solo los miserables, sino los fuertes, el talento y el ingenio, agonizan bajo el peso de la atrocidad colectiva". Piensa él lo que significa todo este dolor anónimo; piensa en la fría indiferencia colectiva; en toda esta miseria terrible que se debate callada; sube a sus labios la imprecación, despertándose el duro Anarkos que espera todo de la violencia, pues cree que es la única manera de hacer justicia y de "mudar la sangre de los odres podridos"; confía en la eficacia del gesto anarquista, en "el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano".

¿ Si será que siempre la humanidad ha de perpetuar en su injusticia, en su egoísmo, en su dureza, en su ambición? ¿ Cómo reducir el instinto; la biológica necesidad de la lucha, que crea la desigualdad; la envidia y la sed de dominio? ¿ Acaso Barrett llegó a creer en el sofisma rousseauiano de la bondad, olvidando que a menudo no bastan ni la educación, ni la cultura, ni el terror milenarío de las religiones, para dominar la bestia insaciable; la bestia tiranizada por el impulso ancestral, que cada hombre lleva dormida por dentro? Con acierto más elocuente que el de cualquier didactizante, un pintor del buen tiempo de los simbolistas, Henri de Groux, com-

puso una tela. "El Cristo de los ultrajes", que es la propia imagen de la humanidad. En torno del desamparo del Nazareno, como una racha enfurecida, viento apocalíptico del odio, se arremolina la mala levadura del hervidero humano; proxenetas, asesinos, ladrones, prostitutas, traidores, avaros sórdidos, guerreros, todos los hijos de los mentideros sociales; la eterna carne de la humanidad dollente, tanto más imperfecta cuanto más desgraciada. Pero Barrett sabía demasiado que el odio es más fuerte que el amor entre los hombres y que Dios, para llegar al corazón de la humanidad, tuvo que encarnar en la baja arcilla, haciéndose cruel y vengativo para que comenzaran a creer en su divinidad: "El miedo es lo que ata fuertemente a los hombres entre sí, y a los hombres con Dios, porque la ira y el encarnizamiento son más humanos que el amor, y Dios para subsistir en los hombres, debe ser humano ante todo". Porque, en verdad, a los hombres llega a interesarles antes el Dios que les tiranice que no el que muera por ellos en dos maderos. El viejo Jehová fué siempre temido, acaso porque siempre fulminaba el rayo de sus iras contra las faltas que el Nazareno supo ungir con su perdón.

Sin embargo, Barrett no quiso, no pudo aceptar esta fatalidad mítica. Otro debe ser el sentido de la realidad moral. Los hombres han cambiado, decía ayer no más el venerable Anatole France; los hombres están cambiando desde la edad de los habitantes de las cavernas. Si, los hombres deben cambiar, deben mejorar, y si la humanidad actual comienza a ver el derrumbe de un orden social caduco, que sucumbe bajo el peso de sus

propias culpas puede confiar en el advenimiento de una humanidad renacida, purificada en el crisol del mismo dolor, que ha podido depurarla el sacrificio. El medio, la educación, el cultivo de la solidaridad, la guerra contra el odio y la explotación, acabarán por elevar al hombre, dignificando los sentimientos que antes le rebajaban, cuando se dejó arrastrar por el impulso incontinido, por la pasión arrebatada.

Y hacia esta conquista quiso llegar Rafael Barrett diciendo todo lo que era menester expresar. Sin reparos gritó alto y recio, porque nunca supo acatar esa fácil oportunidad de callar. No fué él de los que abdicar sus convicciones. Tuvo siempre gestos de sembrador evangélico y audacia moral de héroe. No disfrazó sus observaciones, ni el ímpetu renovador de sus ideas, con vagos simbolismos a fin de escapar a las modernas inquisiciones de los que prodigan la venganza negando el puchero o mostrando el puño cerrado. Tuvo la fuerte resignación de su valor y si una vez la fuerza brutal se ensañó con él, cuando un tiranuelo le quiso imponer la rectificación de los juicios de cierto artículo, a la que respondió una negativa digna y la correspondiente artera venganza de quien le obligó a mascar el papel escrito, no por eso arrió su bandera de verdad o adelgazó el trono de sus catilnarias moralizadoras. En realidad de pocos como de él cabría hacer un tan cumplido elogio, diciendo que fué un hombre entero, un hombre con toda la dignidad del hombre, un hombre-anticipación de un no lejano futuro; un hombre en el evangélico sentido tolstoyano, que hizo cuanto estuvo a su alcance por anticipar el adve-

nimiento de una sociedad más justiciera y menos dolorosa. Porque, tras su inmediata experiencia, demasiado sabía Barrett que el dolor y la injusticia señorean por doquiera: en las estepas rusas, donde los campesinos "tienen tanta hambre que se comen los muertos y muerden a los vivos", mientras los estudiantes, "justicieros suicidas, vagan con la aurora en los ojos y la dinamita en las manos"; en los yerbales paraguayos, donde la explotación del hombre por el hombre mantiene redivivas las leyes de una caduca esclavitud; en los trigales de Hungría, como en los campos argentinos; en los muelles de Londres, Marsella o Génova, como en los barrios apartados de Nueva York y Budapest; en los gomales del alto Amazonas como en las salitreras de Chile. ¿Será posible aguardar un remoto advenimiento de la justicia mientras exista la miserable explotación del esfuerzo humano? ¿Será justo pedirle conformidad al hombre que vive rendido bajo la entraña de la tierra, arrancando el tesoro que alimentara la riqueza de todo lo supérfluo, madre de toda la desigualdad?

## IV

### LOS YERBALES PARAGUAYOS Y EL TERROR ARGENTINO

No pudo, no debió jamás ser acallada la voz de un hombre como Rafael Barrett, voz que el dolor hizo elocuente cuando denunció la infame esclavitud a la cual se somete al modesto peón en los yerbales paraguayos,

imponiéndosele la firma de un contrato, la ratificación de su propia venta, antes de arrearle cual a las recuas hacia la selva para comenzar su explotación o sancionar sus posibles rebeldías cazándole como a la bestia peligrosa, si en una hora de angustia pretende abandonar la faena. Esta esclavitud, como la que subsiste en los territorios del Putumayo o en las minas de Bolivia, constituye la más oprobiosa vergüenza de los actuales regímenes patronales, que prolongan los días de la Colonia goda, cuando era el indio o el negro la carne de sacrificio, que hoy ha sido reemplazada por la del criollo, la del gañán aún resignado. ¿Dónde están esas leyes amparadoras de las garantías individuales, que exaltan las filosóficas Constituciones Políticas de América, cuando el peón, tras fácil engaño, es llevado hasta los remotos campos donde la civilización no es más que la voluntad del mandón ensorberbecido, y donde el pobre infeliz no tendrá otro amparo que la omnímoda potestad del juez, a quien soborna el capital? «El juez y el jefe—dice Barrett, al recordar las víctimas de los yerbales—comen, pues, en ese plato. Suelen ser simultáneamente autoridades nacionales y habilitados yerbateros. Así el señor B. A., pariente del actual presidente de la república (esto fué escrito en 1910) es jefe político de San Estanislao y habilitado de la Industrial. El señor M. pariente también del presidente, es juez también en el feudo de los señores Casado y empleado de ellos. Los señores Casado explotan los quebrachales por medio de la esclavitud. Todavía se recuerda el asesinato de cinco peones quebracheros que intentaron fugarse en una barca ».

Es en estas páginas de admonición; en estas páginas de piedad humana; en estas páginas vividas, escritas con sangre, donde hay que encontrar a Barrett, no ya al Barrett que ironiza sino al Barrett que conmina. Él participó en las peores angustias de los que sufren; fué testigo doliente de la efímera alegría del peón, a quien se le anticipan las monedas, que son el precio de su vida, antes de arrastrarle a la esclavitud del yerbal; él tuvo razón sobrada para escribir, acaso sin que nadie quisiera escucharle, esa página que debió ser levadura de remordimiento para muchos explotadores: «¡Hoy vivir, vivir, vivir por primera y última vez! y el niño enfermo sobre el cual va a cerrarse la verde inmensidad del bosque, donde será para siempre la más hostigada de las bestias, reparte su tesoro entre las *chinas* que pasan, compra por docenas frascos de perfumes que tira sin vaciar, adquiere una tienda entera para dispersarla a los cuatro vientos, grita, ríe, baila — ¡ay frenesí funerario! — se abraza con rameras tan infelices como él, se embriaga en un supremo afán de olvido, se enloquece. Alcohol asqueroso, a 10 pesos el litro, hembra roída por la sífilis, he aquí la postrera sonrisa del mundo a los condenados a los yerbales».

Tal es el prólogo de la tragedia que viene, la sonrisa del anticipo, la cadena dorada que se tiende antes que se le remache el eslabón. Luego seguirá el arreo inhumano, menguado y mil veces vil. El rebaño de peones con sus familias irá hasta la selva, a pie; demacrados todos; recua inerme y triste. El yerbal está lejos: cincuenta, ochenta, cien leguas. No importa: el capataz



marcha en su rocín, revólver al cinto, voz dura, gesto avieso, implacable y sordo ante la queja. Mañana, un día cualquiera, al hacerse la venta o el traspaso del negocio, se estipulará *tantas cabezas*. Es la subasta del baño humano, es la bestia adquirida para la explotación de la selva.

Y he aquí el suplicio de los nuevos encadenados: la faena es dura, el clima infernal; cinco, ocho, quince años transcurren; luego, un día cualquiera, llega la muerte y, del humilde peón que fué arrastrado hasta la selva, solo quedaron, en una encrucijada de un camino, a flor de tierra, sus huesos en cruz para contar la historia del más amargo y anónimo de los dolores. «Casi todos los peones — escribe Barrett — que han trabajado en el Alto Paraná de 1890 a 1900 han muerto. De 300 hombres sacados de Villarrica en 1900 para los yerbales de Tormenta en el Brasil, no volvieron más que 20. Ahora se *rafta* por las Misiones Argentinas, Corrientes y Entre Ríos». La historia se repite; es la segunda época de la colonización bárbara: al conquistador lo reemplaza el capataz y al indio el gañan, que cae bajo el látigo, el palo o la bala del rifle. Antaño en nombre de un rey lejano y de una religión implacable, se arrancaba la tierra, el oro, amasado con todos los dolores del aborigen o del negro comprado en África; ogaño es la simple explotación del pueblo por el capital y el poder reunidos. Vuelve la selva a ser lo que antes era: especie de Moloch insaciable, a quien se le sacrifican las vidas en holocausto de la riqueza fácil. «¡La selva! — clama Barrett — La milenaria capa de humus, bañada

en la transpiración acre de la tierra; el monstruo inextricable, inmóvil, hecho de millones de plantas atadas en solo nudo infinito; la húmeda soledad donde acecha la muerte y donde el horror gotea como en las grutas... ¡La selva! La rama serpiente y la elástica zarpa y el devorar silencioso de los insectos invisibles... Vosotros los que os apagais en un calabozo, no envidéis al prisionero de la selva. A vosotros os es posible todavía acostaros en un rincón para esperar el fin. A él no, porque su lecho es de espigas ponzoñosas; mandíbulas innumerables y minúsculas, engendradas por una fermentación infatigable, le diseccionaron vivo si no marcha. A vosotros os separa de la libertad un muro solamente. A él le separa la inmensa distancia, y los muros de un laberinto que no se acaba nunca. Medio desnudo, desamparado, el obrero del yerbal es un perpetuo vagabundo de su propia cárcel. Tiene que caminar sin reposo, y el camino es una lucha; tiene que avanzar a sablazos, y la senda que abre con el machete, torna a cerrarse detrás de él como una estela en el mar. « Tan terrible como la niña en la entraña de la tierra, es la mina soterrada en la entraña caliente y húmeda del bosque virgen, donde el peón acarrea en hombros ocho arrobas de hoja de leña cada día, gruesos troncos para el horno rudimentario, desde distancias inhumanas, a través de los malos senderos de la selva y bajo las emanaciones de las miasmas terribles. Y todo esto por el salario miserable, por el salario criminal, que la propia Empresa arrebatada dándole las prendas de vestir, el alcohol y el alimento según precios usurarios.

¿Dónde están las libres democracias de América si

no existe una legislación que impida esta rediviva esclavitud medioeval? ¿Dónde la libre concurrencia de los derechos individuales, si estos se conculcan con el apoyo y la maliciosa tolerancia de los poderes públicos? ;Cuántas veces el peón no gana más que el alimento que apura cada día, la mala comida de maíz, poroto añejo o tasajo de carne putrefacto! En medio de la selva, tiene que vivir y subsistir, sin embargo, bajo el solo amparo del toldito mal cubierto de ramas; consumiéndose en el trabajo agotador o ante el acecho de las alimañas: la víbora mortal, los alacranes que caen de los techos, la garrapata colorada, la mosca y los mosquitos que afiebran y enloquecen. Y ;ah del infortunado gañán que pretenda huir! porque se le dará caza como a la fiera que se guarece en el cubil, y entonces sobrevendrán los castigos implacables: el cepo bárbaro; el lazo con el cual se le estiran los miembros; la colgadura de los pies en un árbol; el suplicio de las estacas, a las que se le amarra bajo el sol vivo, con lazos de cuero crudo, que se encogen ante la acción del calor, descoyuntando el cuerpo supliciado.

¿Habrá luego quien condene a Rafael Barrett porque ha tenido la osadía de revelar los secretos de esta nueva Inquisición? Y no faltarán quienes defiendan aún los pretendidos derechos de estas libéres democracias que mantienen y toleran ;ira de Dios! el horror de los yerbales; la expoliación del hombre en el Putumayo; el salario miserable en las minas de carbón, con jornadas de ocho o más horas; el despojo y el asesinato impunes del indio, desde Arauca al Canadá; las prisiones políticas de Venezuela; las ocupaciones de Santo Domingo y Centro

**América y la trata de mujeres como en los vergonzosos días de los mercados de Oriente.**

**Barrett supo demasiado lo que eran los yerbales porque estuvo en medio de ellos y conoció todas sus angustias. ¡Qué mucho entonces que pusiera su pluma al servicio de tan alta misión humanitaria! ¿Cómo no recordarle siempre? ¿Dónde está la juventud de América, juventud enferma de intelectualismo, que se obstina en ignorar a este hombre muerto ayer tan sólo? ¿Dónde, dónde, dónde? Diz que en la Argentina se le desdeña, que en el Uruguay se le silencia y en el Paraguay se le odia, porque su palabra fué rocío de fuego y acusación implacable. Yerran, de seguro, cuantos esto afirmen: los que hemos tenido la fortuna de conocer a la intelectualidad de Buenos Aires y de Montevideo; cuantos sepan que Echeverría y Sarmento reviven cada mañana, tienen fundados derechos para creer que Rafael Barrett podrá ser repudiado tan solo por los eternos misoneistas, que viven del pasado temblando por los presagios del futuro. Un hombre que no supo mentir, un hombre que tuvo por divisa la verdad, verdad que proclamó a todos los vientos a costa de su tranquilidad misma, tiene derecho para ser leído y colocado muy alto, por sobre las bajas pasiones interesadas que nublan todavía el sol de la justicia. No es posible creer que Barrett llegase a alimentar un odio calculado contra tal o cual pueblo: lo que alcanzó a decir del Uruguay, del Paraguay y de la Argentina podría hacerse extensivo a los restantes países del Continente, en los cuales el ansia con que se persigue la fortuna parece ser la única finalidad directiva, que creará ma-**

ñana, sin embargo, los más serios conflictos entre el capital y el trabajo.

“Era inevitable—escribe Barrett, al estudiar el problema argentino—el desarrollo de una aristocracia de terratenientes, de corredores y de políticos, concentrada en Buenos Aires, núcleo luminoso del cometa cuyo cuerpo sin masa flota entre los Andes y el Atlántico”. Tal vez las consideraciones que formuló Barrett en 1910 sobre el salario en la metrópoli argentina resulten inexactas en la hora presente, pues no poco se ha progresado desde entonces; pero, de todas maneras, en el fondo el problema social subsiste con los mismos caracteres de gravedad: la desigualdad cada día más acentuada entre el hombre que posee y el hombre que trabaja. Claro está que la observación que Barrett hace en Buenos Aires podría ser hecha en Londres, en Nueva York, en París o en Berlín: el problema de la riqueza y el problema de la renta es el mismo de siempre y análogo en todas partes. ¿Puede juzgársele más severamente en un país nuevo, que se precia de libre y democrático, que en una nación cuyo pasado es secular? Socialmente considerado el problema es análogo y acaso si se le encara desde el punto de vista individual podrían variar las apreciaciones. La historia de la injusticia humana tiene las mismas agravantes donde quiera que la moral colectiva justifique las mismas inmoralidades consagradas. “Las libertades políticas,—escribe Barrett—ilusión, desahogo de obrero tímido, no se han conocido nunca en Sud América. De Méjico al Cabo de Hornos reina una tiranía de mercaderes.”

El repaso que hace Barrett de lo que podríamos llamar el cacicazgo político argentino ¿no podría hacerse extensivo a Chile, al Perú, a Colombia o a Méjico? La arbitraria insolencia de la riqueza, que Barrett advertía en la clase adinerada de Buenos Aires ¿no es la misma de Francia, la China, España y Venezuela? Acaso el autor de "Moralidades actuales" se dolía amargamente de que no apunte en los pueblos de América ese austero heroísmo de la pobreza que pedía William James. El desesperado afán de la fortuna ha muerto, en nuestros países, toda idealidad, manteniendo solamente la asquerosa concurrencia vulgar, ante la cual desaparecen la familia, el arte, la democracia y el progreso. ¿No escribió Rodó su "Ariel", en los comienzos del siglo, para hacer sentir este contraste? En países que están aún en formación esta lucha sórdida resalta con caracteres más trágicos porque hace sentir más de cerca y más desnudo "el desprecio del pobre, el asco del obrero, la delicia de atormentar al débil."

Acaso tarden aún en llegar todas las leyes que el pueblo comienza a exigir, a medida que va conociendo la responsabilidad de sus derechos; tal vez transcurran muchos años antes que el sol de la justicia alumbré una humanidad más ecuaníme pero ese día debe venir. Cuando Barrett escribió sus admoniciones apasionadas de "El terror argentino" o hilvanó más de una vez sus *Moralidades* tras un estentóreo atentado terrorista, los partidos políticos, preocupados solamente con sus necesidades convencionales, ni siquiera deseaban conocer la existencia de un grave problema social, de un terrible males-

tar capaz de incubar una tempestad arrasadora como la hoz de la muerte. Con razón dice Barrett—y acaso escribió tales palabras con su pensamiento puesto en Buenos Aires—ya los intelectuales no pueden confundir “el terrorismo con el anarquismo, revelando que ignoran la existencia del apóstol Tolstoy, del crítico Anatole France, del sociólogo Kropotkin, de los genios y santos anarquistas”, ni deben ignorar “los recursos del proletariado de Buenos Aires”, porque en sus cenáculos han encontrado seguros ecos las voces que claman contra la tiranía de la explotación del hombre por el hombre.

El rápido crecimiento de la Argentina, la inmigración cosmopolita, la riqueza fácil que multiplica el capital a costa de la resignación de los de abajo, no han hecho sino acentuar, ahondándolas, las violentas rivalidades entre la fortuna y la labor, causas que comienzan a engendrar los más serios conflictos. Barrett alcanzó a prever que ocho años más tarde iba a constituir en Buenos Aires la primera advertencia del proletariado, cuyas reivindicaciones crearon hoy y mañana las más serias dificultades a los gobiernos de América, porque sus dirigentes, antes que resolverlos, como lo han hecho Inglaterra y Estados Unidos, sólo tratan de ahogarlas con las balas de las represiones, olvidando acaso que la sangre suele ser el más eficaz de los vehículos contagiosos para las ideas.

“No hay bienestar colectivo—escribía Barrett en 1910.—Hay bienestar de una clase, cuyo dogma forzoso es la propiedad. ¿Cómo ha de resistir la mente del propietario a la virtud operativa de la renta?” He aquí el origen

y la razón de una desigualdad que hace más odiosa la vida del trabajador, sometido a la precaria necesidad del salario mínimo y a las imposiciones del capital; que crece en una proporción directa con la reducción de los jornales: "Las grandes compañías tienen a sueldo a los grandes caudillos *democráticos*—dice Barrett—El Poder Legislativo y el Ejecutivo son siempre dependencias de los Bancos, de los ferrocarriles, de las empresas y de los negocios particulares... Los literatos oscilan de una glacial erudición a un preciosismo importado. La prensa cuyo mérito se avalúa por lo que pesa el papel de cada número, es un largo índice informativo y comercial, despojado de toda significación elevada, de toda valentía, de toda graciosa sutileza. Es una prensa castrada y gorda como aquellos a quienes sirve; una prensa que se viste del talento extranjero, y que trata las hondas cuestiones nacionales con la hipocresía o el mutismo de las conciencias compradas". Claro está que, como todo buen apóstol, apasionado por una sola causa, Barrett veía el problema burgués en su peor aspecto y tras el abultamiento de un solo prisma: ni la literatura argentina de hoy, ni los grandes diarios de Buenos Aires podrían ser condenados tan perentoriamente: la cuestión social preocupa y atrae en los momentos actuales a los novelistas y a los sociólogos y no pequeña parte de la juventud rioplatense participa de las aspiraciones obreras, como la mayor parte de los diarios son el mejor vehículo para la divulgación de todas las conquistas populares del exterior, que trasmite el telégrafo. Indirectamente contribuyen a lo que ha de venir e indirectamente acaso sin



darse cuenta y a pesar de sus intereses, aceleran proximidad de una aurora acaso más cercana de lo que soñamos.

## V

## EL MORALISTA DEL CONTRASTE

Los que creen que Barrett hizo una profesión del pesimismo incurren en un error de lesa desconocimiento de sus ideas y de sus sentires. Si anatematizó la explotación del hombre por el hombre, previendo acaso muy cercana la resurrección auroral, fué porque soñaba, porque deseaba con toda la fuerza de su bondad, el advenimiento de una humanidad más justa, en la que el trabajo no sea ya un suplicio sino una sana alegría, un liviano bienestar, "indispensable a la escasa felicidad que puede encontrar en la vida. No el trabajo esclavo, el trabajo que repite, sino el trabajo libre, el trabajo que crea."

Nada extraordinario cabe decir, en verdad de este escritor sino que, y antes que nada, fué un hombre que tuvo el recio valor de sus ideas. Moralista implacable, con un cabal sentido nietzscheano de la vida, comprendió, más que otro alguno, el sentido trágico de la hipocresía. De muchas de sus *Moralidades* se podrían sacar algunas reflexiones que formasen un curioso ramillete de máximas, de regocijados aforismos, que serían como la esencia misma de sus sentires más íntimas. He aquí algunos granos explosivos de su buen humor paradójico: "Un ladrón es un financista impaciente... Se odia de abajo

arriba... En política no hay amigos: no hay más que cómplices... Curiosidad: buen apetito del espíritu... La ciencia: en uno de mis viajes descubrí una isla. De vuelta visité a un célebre geógrafo. Me oyó, consultó largamente libros y planos, y me dijo:—La isla que ha descubierto usted no existe. No está en el mapa... ¿Queréis, sin embargo, que vuestro amor dure? Alimentaos bien... Siempre inventamos grandes cualidades en los que nos adulan. Este es el secreto de muchas carreras políticas... No hagais servicios, si no queréis que os aborrezcan." Frecuentemente Barrett mojó su pluma en agrio zumo de ironía para herir más hondo: no olvidó la sentencia del epigramático latino, que fustigaba con la sonrisa a flor de labios. ¿No son, acaso, muchos de sus cuentos breves más que simples epigramas? Recordemos el de aquella multimillonaria yanki que luce un traje rosa de cinco mil dolares, y que se hace derramar por su criado, en medio de la recepción suntuosa, la salsera a fin de tener un pretexto para lucir una *toilette* negra de seis mil dolares y cambiar sus rubíes y perlas por brillantes magníficos; recordemos también el caso de aquel pobre diablo hambriento que va a devolverle al Crespo repugnante, la billetera que encontró colmada de dinero y quien, en vez de premlar la buena acción del pobrete, lo veja, lo insulta y lo arroja de sus salones como al perro sarnoso. "Y sin embargo esperaba usted un mendrugo, un hueso que roer. No, usted es un héroe, ama la miseria, desprecia el dinero. Pero los héroes no mendigan propinas. ¡Vaya un héroe, que no se atreve a clavarme la vista, ni a sentarse en presencia

del vicioso! Yo adoro los vicios: comer calandrias traídas de Europa, trufas, *foie gras*, beber *Sauternes*, *Pommard*, y *Mumm*—¿comprendes?—y entreabrir los más deliciosos muslos de mujer con que jamás soñaste, y colgar en mi cuarto pinturas que valen lo que el resto de la casa. Yo no miento como tú; yo digo claro lo que me gusta, lo que conquisté. Y no lo conquisté devolviendo carteras y pidiendo limosmas”. He aquí al moralista de la superación y de la dureza, el escritor de la conciencia y de la dignidad de si mismo: el hombre no debe ni puede rebajarse, y tendrá más derecho a la vida el que en todo instante sacuda la abyección del esclavo para hacer sentir la entereza del hombre.

Las páginas de ese breve cuento amargo terminan con la siguiente reflexión: “Y el señor sonrió, considerando que, por algunos instantes, había convertido un esclavo abyecto en hombre, el que tan acostumbrado estaba al fenómeno inverso.”

## VI

## UNO MAS

AUNQUE nació en Algeciras Rafael Barrett es de América, porque sintió como ninguno el dolor nuestro y porque como ninguno tuvo la sinceridad del más puro apostolado. Nos pertenece aunque solo salió de su rincón para llegar a rendir su existencia en las tierras nuevas, que él soñaba más dignas y menos oprimidas por la in-

justicia, error de la distancia que confunde un tardío despertar con una libertad que no existe.

Lástima grande que su vida se apagase demasiado pronto, cuando ya su acción, a golpe de temeridades, se había franqueado un camino. Acaso esta vez sería posible parodiar las palabras de Menandro, diciendo que el amado de la justicia muere joven, como cayó en hora prematura, este hombre de Algeciras, que traía en su cabeza todo el sol de Africa y en su sangre todo el hervor de una raza de los desiertos.

Ahora Rufino Blanco Fombona comienza a divulgar sus libros desde España y ya y para siempre le podremos contar entre aquellos hombres libres que se llaman Juan Montalvo, Francisco Bilbao, Domingo Faustino Sarmiento, José Victorino Lastarria, Alcides Arguedas, Agustín Alvarez.



## "VIRTUS"

CONTRIBUYE A LA  
DIFUSION DE LA  
BUENA LECTURA  
CON EDICIONES  
ESTÉTICAS Y ECONÓMICAS.

ESMERALDA 70  
BUENOS AIRES

## Librería Teatral "APOLO"

— DE —

RICARDO MARTINEZ

Todas las obras de teatro  
publicadas hasta la fecha.

Corrientes 1361 Buenos Aires  
Soliciten Catálogo

## LIBRERIA ACADÉMICA

POBLET Hnos. Y Cía.

CALLAO 713

BUENOS AIRES

U. T. 2311, JUNCAL

Toda clase de libros científicos, literarios  
e industriales

## LIBROS RECOMENDADOS

### Traducciones argentinas

Por P. Obligado..... \$ 5.—

### Las civilizaciones de la India

Por G. Le Bon ..... > 5.—

### Mirador de Próspero

Por E. Rodó..... > 3.50

### Belkiss

Por Eugenio de Castro > 2.50

### PEQUEÑECES

Por el P. Coloma..... > 2.50

### La Alegría del Vivir

Por Marden ..... > 3.00

### De Pecado en Pecado

por el Caballero Audaz > 2.50

### La Inquietud de Amar

Por Emilio M. Martínez > 2.50

### El Tonel de Diógenes

Por Felipe Sassone... > 3.00

### La Espuma de Afrodita

Por Felipe Sassone... > 2.50

### El Límite

Por M. Artyzbachev... > 2.50

### La Prole de Adán

Por Eustaq. Cabezon. > 2.50

### Pierrette Colegial (Estudio de una muchacha al natural)

Por Antonín Reschal. > 2.50

### Pierrette se Divierte

Por id. id. .... > 2.50

### Pierrette Enamorada

Por id. id. .... > 2.50

### Flor de Carne

Por Luis de Val..... > 2.50

### Historia de la Revolución Rusa. - Por L. Trotsky > 2.00

### M' Hijo el Doctor, Los Muertos, Nuestros Hijos. - Por Florencio Sanchez ..... > 1.50

### Viaje a Oriente

Por A. Lamartine..... > 1.80

### El Pájaro Azul

Por Maeterlinck ..... > 1.50

REVISTAS DE MODA Y LITERATURA, tenemos un gran surtido en Francés, Inglés y Castellano; gratis mandamos el catálogo, como también nuestro BOLETIN MENSUAL, de las últimas novedades que se publican.

Dirigir los  
pedidos a la

**Librería San Jorge**

Santa Fé 2118, Bs. Aires  
U. T. 3527, Juncal

EDICIONES SELECTAS  
**AMERICA**

## Cuadernos Quincenales de Letras y Ciencias

Aparecen el 5 y el 20 de cada mes

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

Reconquista 375

U. T. 827, Rivadavia

BUENOS AIRES

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(ADELANTADA)

#### Argentina :

Por año . . . . .	\$ m/n	5.00
» seis meses . . . . .	»	2.50
Número suelto (en la Capital) . . . . .	»	0.20
» » (en el Interior) . . . . .	»	0.25
Números atrasados (del primer tomo) en toda la República . . . . .		0.40

#### Exterior:

Por año . . . . .	\$ o/s,	2.50
» seis meses . . . . .	»	1.30
Número suelto . . . . .	»	0.15
» atrasado . . . . .	»	0.25

Las suscripciones y pedidos de libros, deben dirigirse a nuestra administración a nombre de LEONARDO GLUSBERG, acompañando el importe correspondiente.

LAS EDICIONES SELECTAS «AMÉRICA» se venden en todas las librerías y quioscos de los países americanos. Exclusividad de la «Editorial Tor» Victoria 788 Bs. Aires, para el interior y exterior de la República.

Nos quedan algunos  
ejemplares del libro

EDICIONES SELECTAS  
**AMERICA**

Precio \$ 0.80  
libre de porte

# Los Parques Abandonados

COLECCIÓN DE 65 MAGNIFICOS SONETOS POR  
Julio Herrera y Reissig

Haga enseguida su pedido a nuestra Administración  
porque pronto se agotarán los últimos ejemplares.

## LIBROS DE EXITO

### **EL AÑO LITERARIO, 1918**

*Por J. Torrendell. Prólogo de  
Constancio C. Vigil ..* § 2.50

### **ELEVACIÓN**

*Nuevas poemas de Amado  
Nervo.....* § 2.00

### **LLAMAS EN LA NOCHE**

*Nuevas poesias de Belisario  
Roldán.....* § 2.00

### **PLENITUD**

*El mejor libro de prosa de  
Amado Nervo.....* § 2.00

### **LA ESCUELA DRAMÁTICA**

*Monólogos, Dídlogos, Poesias  
y conversaciones, por Sara A.  
Merlo.....* § 2.00

### **LA MUJER MODERNA**

*Y su papel en la evolución  
actual del mundo, por Amado  
Nervo.....* § 2.00

### **Evitemos la Guerra Social**

*Seguido de "El Antimaxima-  
lismo", "Sobre la libertad de  
pensar", "Por tierras de Cór-  
doba", y otros eseritos perio-  
dísticos, por C. Villalobos Do-  
minguez.....* § 3.00

### **EL PROBLEMA SOCIAL**

*Del egoísmo a la solidaridad.  
Apuntes, ideas y reflexiones  
de un UTOPISTA sobre el ac-  
tual y futuro Régimen Social,  
por C. Jucurpo.....* § 1.00

### **Los Senderos en la Montaña**

*Ultimo libro de Mauricio Mac-  
terlinck.....* § 2.00

### **EL BOLCHEVIKISMO**

*Ante la guerra y la paz del  
mundo, p. Leon Trotsky* § 2.10

### **LA CASA DE LA TROYA**

*Estudiantina de A. Perez Lu-  
gin.....* § 2.00

### **LA MUERTE**

*Por M. Maeterlinck... § 1.50*

Diríjense todos los pedidos a la  
EDITORIAL TOR, Victoria 788, Buenos  
Aires, que los sirve inmediatamente a  
vuelta de correo, y libro de portes.  
Pida LECTURAS, Revista - Guía del  
buen lector. Le interesa.

**"LA CULTURA ARGENTINA"** Ediciones de Obras Nacionales

EN VENTA:

**Biblioteca formato mayor \$ 2 m/n.**

*Mariano Moreno.* — Escritos políticos y económicos.

*Juan M. Gutiérrez.* — Origen de la enseñanza pública superior.

*Juan M. Gutiérrez.* — Ensayo sobre Juan Cruz Varela.

*Vicente Fidel López.* — La novia del Hereje o la inquisición en Lima.

*Domingo F. Sarmiento.* — Conflicto y armonías de las razas.

*Bartolomé Mitre.* — Rimas.

*Manuel Bilbao.* — Historia de Rosas.

*Martín García Mérou.* — Ensayo crítico sobre Alberdi.

*Florentino Ameghino.* — Antigüedades del hombre en el Plata (2.<sup>a</sup> P.).

*Vicente G. Quesada.* — Vida intelectual en la América Española.

*Carlos Octavio Bunge.* — Nuestra América.

**Biblioteca formato menor \$ 1 m/n.**

*Manuel Moreno.* — Vida de Mariano Moreno.

*Bernardino Monteagudo.* — Escritos políticos.

*Esteban Echeverría.* — Dogma socialista y plan económico.

*Francisco J. Muñiz.* — Escritos científicos.

*Juan B. Alberdi.* — El crimen de la guerra.

*Juan B. Alberdi.* — Derecho Público Provincial Argentino.

*Domingo F. Sarmiento.* — Recuerdos de Provincia.

*Domingo F. Sarmiento.* — Argirópolis.

*Marcos Sastre.* — El Tempe Argentino.

*Bartolomé Mitre.* — Ensayos Históricos.

*José Mármol.* — Cantos del Peregrino.

*José Hernández.* — Martín Fierro. — La vuelta de Martín Fierro.

*Ricardo Gutiérrez.* — Poemas.

*Vicente G. Quesada.* — Historia colonial argentina.

*Nicolás Avellaneda.* — Escritos literarios.

*Francisco Ramos Mejía.* — El federalismo argentino.

*Martín García Mérou.* — Recuerdos literarios.

*José L. Gorrili.* — Reflexiones.

*Lucio V. López.* — Recuerdos de viaje.

*Pedro Goyena.* — Críticas literarias.

*Miguel Cané.* — Prosa Ligera.

*Miguel Cané.* — En Viaje (1881-1882).

*Miguel Cané.* — Notas e impresiones.

*Miguel Cané.* — Enrique IV de Shakespeare.

*Miguel Cané.* — Ensayos.

*Miguel Cané.* — Conferencias y Discursos.

*Santiago Calzadilla.* — Las Belledades de mi tiempo.

*Florentino Ameghino.* — Doctrinas y descubrimientos.

*Agustín Alvarez.* — La creación del mundo moral.

*Agustín Alvarez.* — Manual de patología política.

*Agustín Alvarez.* — Educación Moral. — Tres Repiques.

*Agustín Alvarez.* — South América.

*Agustín Alvarez.* — La Transformación de las Razas en América.

*Agustín Alvarez.* — Historias de las Instituciones Libres.

*Agustín Alvarez.* — La herencia moral de los pueblos.

*Juan B. Ambrosetti.* — Supersticiones y leyendas.

*Evaristo Carriego.* — Misas herejes. — La canción del barrio.

*Raquel Camaña.* — Dilettantismo sentimental.

*Carlos Ortíz.* — El poema de las Mieses.

*Carlos Ortíz.* — Rosas del crepúsculo.

*José de Maturana.* — Naranja en flor.

ADMINISTRACIÓN GENERAL

**VACCARO** - AV. DE MAYO 638

BUENOS AIRES





**EN EL PRÓXIMO CUADERNO:**

## **CANCIONES**

**por RICARDO ROJAS**

**IMP. "NOVITAS" DANON & CIA.  
RECONQUISTA 459 - BS. AS.**